

## Niebla sobre los ojos

*Abril Ricca Páez*

Esa nada. Ese vacío. Ese sentimiento que por las noches se agrandaba hasta superarme totalmente. Esa nada que tanto me carcomía.

Yo lo llamaba Hemlock.

Era ya tan frecuente como amigo de familia, y tan densa como calor del desierto. No sabía si desaparecería algún día, llevábamos ya años desvelándonos noche tras noche.

A veces lo esperaba con un té, aprendí las primeras noches que un bocadillo aligera su llegada. Los años me enseñaron que prefiere el café, así que en los días más atareados esperaba su compañía para preparar una rápida taza, y sentarme en la cama, hasta que se retirara. En días más tranquilos me preparaba un capuchino con anticipación y lo esperaba en la mesa con alguna galletita.

Su llegada no era siempre en el mejor momento. Solía interrumpir mis lecturas nocturnas o el coqueteo honesto de la madrugada. Incluso me desvelaba noches previas a importantes días, desequilibrando mis perfectos planes.

Poco tardé en dejar de intentar. Mis noches se volvieron una constante espera, que jamás decepcionó. Me acostumbré a sus visitas más de lo que debería. Cada noche parecía llevarse una parte de mí que no volvería.

Me costaba sonreír tras su llegada. Quería evitar preguntas incómodas de responder, me gradué en el arte de fingir, y tantos años de caretas ya la han adherido a mi rostro.

Actuar. En eso se había ido mi vida.

Actuar que no me importa, que estoy bien. Actuar que no sé que saben cuántas horas desperdicio llorando en el baño. Actuar que me importa tener un trabajo. Actuar que quiero pasarme la vida entre estrés, estudiando.

El mundo se mueve en gastos, en números, en dinero. Solía creer que podía escapar de ello. Hemlock me enseñó que no; para la humanidad soy un caos de cifras, ante mis padres un gasto común.

Solíamos hablar del pasado, mis mejores recuerdos, las más brillantes sonrisas. No le interesaba, se distraía. Se oscurecían.

Un día me encontró llorando. El piso frío, húmedo, la puerta cerrada. Lloraba, lloraba quizá desde altas horas de la tarde. Me alcanzó un café, se sentó a mi lado. Abrió la puerta al pasado, tomé, por primera vez, el monólogo principal.

A veces cuesta más contener las lágrimas que tener la valentía de llorar.

Hace décadas dejé de sollozar, hace años dejaron de resbalar lágrimas por mis mejillas. Hace meses que logro ocultar el rojo de los ojos, las manchas en la piel. Por más que intente no puedo evitar que se humedezcan mis ojos, y cuando lo hacen, ya ninguna táctica me previene de llorar.

Las ventanas de los autobuses me hacían compañía al romperme. Personas desconocidas me veían vulnerable, mis seres queridos jamás. La lluvia caía por la ventana, lágrimas por mis mejillas. Mirada como el gris día, más opaca llegando a destino.

Ya no sabía dónde esconderme, qué excusa poner, adónde ir. Era difícil evadirlos a todos. Era difícil irse sin lastimar. Evitaba hablar, evitaba mirar a los ojos. No quería que nadie me aliente, que nadie me soporte.

Me preguntaba qué sería de mí en completa soledad.

Me imaginaba con un té, estresada pero sonriendo entre una pila de libros, envuelta en papeles, la calidez del aprendizaje, la adrenalina del nerviosismo. La heladera con lo necesario, una sola luz encendida. La compañía de una mascota.

No. Estaba sentada en el sillón. Miraba el techo, pero no lo miraba. Tenía los ojos aguados, la casa se inundaba. La heladera estaba vacía, las luces encendidas. No había mascota, no podía adoptarla. Los papeles revoloteaban, los libros estaban tirados. El estudio era frío, el estrés consumía. No quería salir, no podía moverme. Maldecía el día que me fui, sabía que no iba a volver.

Me imaginaba camino a la cancha. Una sonrisa, un día lluvioso. En el partido, recibía la pelota, el corazón me palpitaba de la emoción, hacía un pase de gol. Todos sonreían, la lluvia se hacía más suave. Continuaba, desplegaba mis habilidades. Robaba la pelota, hacía un pase, atajaban el gol. Todos sonreían, el ánimo aumentaba.

No. Estaba en el banco de suplentes. Todos sonreían, yo no. Entraba a la cancha, me hacían un pase, se me iba la pelota. Ya nadie sonreía, ya nadie festejaba. Se nublaba el día.

No. Estaba en el sillón. Miraba el techo, pero no lo miraba. La pelota estaba pinchada, las canilleras extraviadas. Mi corazón no palpitaba. Mis ojos estaban llorosos, mi cara estaba roja.

Tenía una motivación. Me visualizaba graduándome, recibíendome, en mi primer día de trabajo. Tenía pasión. Me imaginaba con la selección, jugando de titular, ganando un campeonato. Ahora es borroso, no está, se desfigura. El camino se rompió y mis pies están adheridos al suelo. Tampoco me quiero mover.

En el rincón de la vieja cancha, un diluvio, un acantilado. Allí olvidé mi pasión. Allí sigue, esperando. En el juzgado del viejo barrio, un diluvio, un acantilado. Allí olvidé mi motivación. Allí sigue, esperando.

Acabó el acto, una inundación, una risa ahogada. Parecía preocupada, estaba satisfecho. Dejé la taza de café. Quizá era la primera, quizá era la última.

Se llevó mi esencia una fría noche de enero. Mis ojeras eran notorias, mis ganas de dormir abundantes. No había café, no había luz, había nada.

Levantarme de la cama fue imposible. Mis motivos eran borrosos, mi ganas nulas. La pasión no estaba, el corazón no latía.

Pasadas las doce, abrió la puerta como si de su casa se tratara. En mi ausencia, creí que se retiraría. Nunca se rindió fácil. Trajo el café, las galletas. Buscó la mascota que nunca estuvo. Nada funcionó. Nada lo haría, si mi corazón apenas latía...

Lucía triste. Se quedó sentado junto a la cama hasta el amanecer, tomaba taza tras taza con nerviosismo. Incluso me leyó. No me moví, no podía, no quería. Mis párpados pesaban más que mi voluntad, mis músculos eran inmóviles. Quise gritar, pero no tenía voz. Quise irme pero no tenía adónde.

No había sonido, no había mensaje, no había llamada. No les importaba. No me importaban. No había señal.

Y ahí me quedé.